

SUPLEMENTO FEMENINO

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año IV

Mahón 7 de Agosto de 1930

Núm. 382

CONVERSANDO

¡Saber escuchar! Este es un arte (llamémoslo así) muy fácil en apariencia pero que prácticamente se cultiva muy poco. Si os fijáis en un grupo de personas que hablan, difícilmente encontraréis una que escuche. Nosotras mismas, ¿no es cierto que muchas veces esperamos que termine el que está hablando, para poder decir nuestra opinión y contar nuestras cosas? Esto no es ciertamente de una persona amable y educada. Pero es así. Es cierto que algunos, especialmente las personas de edad y los que llevan una vida muy retirada, cuentan siempre las mismas cosas. Pero no debemos mostrarnos aburridas y si no podemos evitar que nuestro pensamiento se ocupe de otras cosas que las que está oyendo, sepamos permanecer tranquilas, sin mirar a todas partes y sin bostezar. Y pensando en la satisfacción que les produce este inocente desahogo, procuremos con alguna palabra de asentimiento, con una sonrisa, con un gesto demostrar que aquello nos interesa.

No basta, sino que debemos saber preguntar por las personas queridas de aquella que nos habla, hacer hablarles de sus ocupaciones, de sus proyectos, de sus alegrías, de sus cruces; y esto no por curiosidad sino para dar a nuestros amigos el placer de hablar de lo que les interesa.

Y si la que habla con nosotras es una persona afligida, entonces debe prestarse una verdadera atención; es cuestión de caridad y de delicadeza de espíritu. Para el que sufre el leer en nuestra mirada y en nuestro silencio la compasión y la comprensión podrá ser un gran consuelo. Cuantas veces hemos sentido nosotras mismas la necesidad de desahogar nuestras penas en un corazón amigo y hemos escogido el que supiera escucharnos en silencio! A veces hay estados de ánimo en los que las palabras de consuelo resultan pesadas y los consejos irritantes; y entonces se desea una mirada afectuosa, una lágrima que nos demuestren que nuestras palabras han sido oídas con simpatía. Pero que pena si nos escuchan distraídos y con una interrupción intempestiva nos demuestran que no hemos sido comprendidas!

El saber escuchar es siempre una forma de cortesía que requiere quizá un pequeño esfuerzo, el óvido de nosotras mismas, pero que todas deberíamos practicar, especialmente la juventud. Y son casi siempre los jóvenes (no por culpa suya, sino de la familia que ha cambiado los papeles), que imponen la conversación, sentencian las cuestiones, hablan siempre y no escuchan nunca.

Claro está que no se trata de conversaciones en que se hable mal de la religión o se ataque el buen nombre del prójimo, en cuyo caso la mujer que se respeta, debe, con maña, pero con firmeza desviar el curso de la conversación o cortarla en seco. Desviar el curso de una conversación para llevarla a sujetos más dignos es un arte más difícil

que el saber escuchar y por esto debiéramos aprenderlo.

Cuantas palabras inútiles no salen cada día de nuestras bocas! Y al decir palabras inútiles no me refiero a alguna conversación superficial que puede a veces distraer nuestro espíritu de preocupaciones graves, y menos aún a cosas agradables que dan una nota alegre y que sirven para impedir chismes, discusiones insípidas, alrededor de la moda, temas banales sino malo, que son verdaderamente palabras inútiles: me refiero a palabras que no hacen bien ni al que las dice ni al que las escucha, palabras que enturbian la atmósfera y penetran en nuestro organismo espiritual como un sutil veneno; y el nivel de nuestra inteligencia desciende, la energía de la voluntad se debilita y poco a poco se va borrando todo ideal de vida superior que teníamos en nuestros mejores tiempos. Para dar una mayor elevación a nuestra conversación acumularemos en nuestra mente temas variados que luego con tacto y delicadeza intercalaremos en nuestras conversaciones con las personas con las cuales nos encontremos.

V. F.



Tailleur en crepe de china marino, bordeado con plisados, el mismo adorno en la blusa, que será de crepe blanco.

La Moda en París

París, Julio de 1930.

Tan pronto como se ha creado una moda, se anuncian ya modificaciones. Eso que podría parecer un contrasentido, no es más que una cosa lógica en extremo, que obedece no solamente a la vida activa y renovada sin cesar, de nuestros días, sino también a una ley natural, que impone la variación, de la misma manera como se advierte en las estaciones. Una vez se ha llegado al verano, por ejemplo, no es difícil encontrar indicios de la proximidad del otoño. Y ocurre que lo que está por venir parece siempre más bonito y seductor que aquello de que gozamos.

Por ejemplo, ahora las grandes modistas de París empiezan a prodigar el terciopelo con la mayor insistencia. Más para facilitar el tránsito de lo que será en adelante, se emplea ahora mezclado con el fieltro. Claro está que no existe, al parecer, la invitación a adoptar inmediatamente esta moda... pero es una indicación de lo que sucederá muy pronto. y también hay que tener en cuenta que en breve, en los trajes de tarde se usarán ya los turbantes de terciopelo sin duda a título de precursores.

Cada vez es más general la moda de anudarse los cabellos a la nuca. Y por lo menos ya no se ve que nadie se deje en ella algunos ricitos que puedan enroscarse en dirección al sombrero. Este cubre perfectamente los cabellos recogidos y así nada viene a alterar la línea precisa que describe sobre la piel del cuello.

Vamos a tratar ahora de otros detalles interesantes. Por ejemplo: con los trajes de verano son muy recomendables las medias claras, de color rubio. Hay algunas elegantes que se empeñan en llevar medias de color oscuro con los trajes negros, pero la lectora pueda tener la certeza de que siguen un camino equivocado. Los especialistas en estos detalles de la moda, aseguran que el tono más apropiado en estos momentos y las medias más convenientes son las de color de avellana beige.

Hablemos ahora de las flores con que se adornan los trajes. En vez de adornarse el ojal del traje sastrero o la capa ligera con una flor, costumbre ya muy gastada y demasiado vista, resulta mucho más agradable poner un lindo nudo o mariposa de piqué blanco, y en tal caso es agradabilísimo repetir el motivo en el sombrero.

Hasta ahora, los collares se habían llevado de mil maneras distintas. Se dejaba caído entre los omoplatos, se ponía el «pendentif» en la parte posterior (cosa justificada por la tendencia de cuidar cada vez más el escote de la espalda), pero no se había pensado en un doble «pendentif», es decir, uno ante el pecho y otro en la espalda. La solución es sencilla a más no poder, pero hasta ahora no se le había ocurrido a nadie. Y, por el momento, es la última palabra, que ha conquistado a numerosas elegantes.

En cuanto a colores, nos limitaremos a decir que en estos días hemos podido observar una ten-

dencia muy señalada al predominio del verde. Esta moda se prolongará probablemente, hasta que empiece a refrescar, en vista de la afición a crear trajes de conjunto y teniendo también en cuenta, el hecho de que toda la gama verde es ya desde ahora favorita para el invierno. El rojo oscuro será el color contrario y en cuanto al negro no hay necesidad de decir que por ahora ha logrado una situación inmutable indestructible y clásica.

JACQUELINE



Manteau en tweed jersey marrón y beige, pelerina de mismo género.

ELOGIO DEL SILENCIO

Algunas jóvenes, alegres, vivas, hablan con el lenguaje animado de sus 16 años. Si fuéramos a proponerles que hicieran el elogio del silencio, nos contestarían seguramente que sus abuelas no conocieron ni practicaron mejor que ellas esa virtud y que quieren conservar la tradición.

Probemos, sin embargo, de darles, a algunas, sino a todas, el deseo de callarse algunas veces. No alabemos todos los silencios. Si la joven indolente o tonta se calla, no es virtud, sino pobreza de espíritu. El silencio de la hipócrita parece estar en acecho; el de la desconfiada está cerca del odio y el de la orgullosa, desprecia; en cuanto a la que es tímida, a la que sufre callándose, parece a aquellos que no la conocen, desconfiada, orgullosa, hipócrita o corta de alcances a la vez.

Pero, ¿quién no ha sentido, en cambio, la belleza de ciertos silencios?

Las «Florecillas» nos hacen, con el encuentro del rey San Luis y de Fray Egidio, una riente invitación al silencio. Muchas virtudes seguirían a la práctica razonada del silencio. Con ella, gobernando mejor nuestro espíritu, seríamos perfectamente sinceros. Quien sabe callarse, sabe también hablar a tiempo y decir bien lo que quiere decir porque expresa lo que piensa. ¡Cuántas mentiras y cuántas semi-verdades nacen de la precipitación de las palabras! Cuántas veces una frase lanzada aturdidamente nos produce el malestar o la vergüenza de no haber expresado claramente nuestro pensamiento, ya sean términos excesivos de simpatía dirigidos a personas indiferentes, exageraciones o algunas veces aprobaciones prematuras de opiniones que no son nuestras. ¿Queríamos al hacerlo así faltar a la verdad? No; si lo hemos hecho ha sido por intemperancia de la lengua.

La reserva en el hablar es todavía una virtud mayor cuando nos impide contestar a las pal-



Pulsera mezclada con onyx y oro.
Para el teatro, tocado de plumas de dos colores.
Gorrito en gros-grain de tres tonos degradados, adornado en el costado. Echarpe haciendo juego.
Zapato de sport en box-calf de dos tonos.
Cartera y cintura haciendo juego, en piel de Suecia, con impresiones, bleu y blanco.
Escarpín en daim negro bordeado con cabritilla charolada. Guantes haciendo juego.

bras que nos hieren. ¿Quién no conoce la dificultad que se experimenta al retener la respuesta cuando una frase nos alcanza en algún punto sensible? La palabra que nos vengaría se halla en nuestros labios; la caridad nos manda retenerla y la victoria es, en este caso, más fácil para quien haya tenido la costumbre de disciplinar su lengua y de imponerse silencio.

También es el silencio, mucho más que las palabras quien atenúa los antiguos rencores. Algunos afirman: «He descargado mi corazón», al reprochar a los demás sus disgustos acumulados, pero no tienen el corazón tan descargado como pretenden; mejor podría decirse que están bajo el efecto de una embriaguez, cuya cólera adormecida se inflama al contacto exterior.

Podemos asimismo observar el efecto del silencio de una persona benévola en una reunión de murmuradores y maldicientes. Puede darse el caso de que no haya podido desmentir las murmuraciones demasiado ciertas; ni dar otro giro a la conversación. Entonces, se calla, y ante ese silencio, que es una censura, las palabras malas y crueles se enfrían, las lenguas aceradas se suavizan.

Y finalmente, el gusto de algunos intervalos de silencio durante el día, crea poco a poco la afición al recogimiento. Pronto no conoceremos ya el sentido de esa palabra. Una persona se felicitaba recientemente por haber instalado en su casa un aparato de radio, diciendo: «Así no se está nunca solo». ¡No estar nunca solos!, es decir, no recogerse nunca para ordenar un poco los pensamientos y los sentimientos; para conocer de dónde se viene, a dónde se va, dónde se está; para orientarse en el camino moral o intelectual; no estar nunca recogido, parece el ideal de los hombres de hoy, porque más que nunca truecan el retiro por las diversiones sin conocer cuánto pierde en riqueza la vida intelectual; en profundidad, la idea insuficientemente meditada; en solidez, los sentimientos que no pueden arralgar en la multitud de impresiones contradictorias.

¿Cuál de vosotras, lectoras, se sentirá tentada de escoger entre tantos talentos propuestos a vuestras actividades y a vuestras ambiciones, el modesto, pero muy precioso, de gustar algunas veces del silencio?

Mlle. MAURAY.

EN EL TOCADOR

PARA BLANQUEAR LAS MANOS

Una buena fórmula para blanquear las manos es la siguiente:

Glicerina, 70 gramos, borato sódico, 25; lanolina, 5; eucaliptol, 5; y esencia de almendras amargas, 3

Se untan las manos con esta pomada antes de acostarse, espolvoreándose con harina de avena y poniéndose como es muy natural, los guantes, a fin de no manchar las ropas de la cama.

PARA LAS MANOS

Para limpiarse bien las manos lo mejor es añadir un poco de azúcar al jabón.

De esta manera aumenta la espuma, sale más fácilmente la suciedad y desaparecen las manchas producidas por substancias químicas.

PARA EL ROSTRO

Si se quiere tonificar el rostro de modo que presente un matiz constante de frescura y belleza es bueno, una hora antes de salir de casa, mojar algodón hidrófilo en leche hervida y pasárselo por las mejillas, párpados, nariz, etc.

FOLLETIN DE «EL BIEN PUBLICO»

EL SECRETARIO

—POR— RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(83)

Y aunque quiso en su voz poner un reproche, fué lo cierto que tremoló con íntima inflexión de ventura.

—¿Cree usted que es una locura?—
—Locura sería admitirle sin sentir por él ningún afecto.

—Pero entonces, ¿es que no hay en el mundo hombre que a usted le guste?— preguntó, casi sonriendo el tutor.

—Sí, señor; que hay un hombre que me gusta. Y porque me gusta ese y yo soy consecuente en mis predilecciones, es por lo que he jurado.

—¿Qué es?—
—No casarme con nadie sino con él.

—A menos que él me rechace.

—Lo cual es inverosímil.

—¿Cree usted? Yo, en cambio, opino que no pudiera suceder muy bien eso.

Hay algunos hombres que a fuerza de ser caballeros, se vuelven egófstas.

—¿Qué está usted diciendo, María Victoria?— gritó en una explosión de dolor al verse tan mal juzgado en su concepto.

—La verdad, querido tutor. Que hay quien pone por encima de todo lo que cree su deber, y que en realidad no es tal deber, sino un miedo cerval al «qué dirán». Y ese mismo hombre, tan pundonoroso, no piensa que, al mirar tanto por su propia reputación, está haciendo añicos un cariño sincero que vale más que todo.

Estrada recordó, al escuchar estas palabras, su conferencia con el Padre Arasti. Aun le parecía oír la voz pausada y grave del jesuita... «A veces nos forjamos nosotros mismos deberes muy peregrinos ¡vaya! y no contentos con sacrificarnos nosotros mismos a un fantasma, sacrificamos también a otros que, al fin y al cabo no tienen por qué sacrificarse... Muchas veces, en el fondo de todo eso que adornamos con el nombre de «deber», no hay más que una gran soberbia o un incomprensible egoísmo...»

No parecía sino que María Victoria Mur y el reverendo P. Arasti se hubiesen puesto de acuerdo: de tal modo parecían identificados. Turbado el joven, apenas pudo murmurar.

—Es de esperar, María Victoria, que ese hombre quede vencido en la lucha y rectifique para felicidad de usted...

—No lo espero; es terco.

—¿Y si no consigue usted su sueño, se casaría con otro?— se aventuró a interrogar Estrada.

—Tal vez me empujaran a ello esas obligaciones de estirpe que me recordó usted antes.

La sombra dábale en la cara y Gonzalo no pudo ver la tremenda tristeza que le cubrió los ojos como un velo, pero de pronto oyó un sollozo violento, como esos que se escapan cuando se rompe el dique de la contención; esos sollozos que sacuden el cuerpo y el alma.

La luna, ocultándose tras un nubarrón perdido en la infinitud del cielo, hizo más negra la sombra que le envolvía... Por un momento, pareció que enmudecía todo en torno, o es que Gonzalo estaba tan sumido en su emoción que sólo oía los sollozos de ella y el palpitar furioso de su corazón sacudido por un placer infinito y por un



Vestido de crepe georgette beige, adornado con arcoritas y falda en forma.

SIMILITUD

He visto una clara fuente y en su fondo transparente brillaban arenillas diminutas, que, al reposarse, impolutas, quedaban.

Ante la fuente, extasiado quedé, lívido, postrado de hinojos, porque en el mismo momento vinieronme al pensamiento tus ojos.

Con felices ilusiones, tejiendo comparaciones, soñaba que a través de tus pupilas, cual las arenas, tranquila brillaba tu alma, tus pensamientos, tu corazón, que es el viento divino que soplando se recrea, y a su antojo bambolea mi destino.

Con la fuente cristalina comparo yo tus divinas pupilas, y con su limpia arenilla tu alma noble, sencilla y tranquila.

ANDRÉS MACÍAS.

Del poeta de los cantares

Corazoncito y cabeza están de sobra en tu cuerpo, que hace ya tiempo, serrana, me vienen sonando a huecos.

II

De aquellos dulces instantes nos queda el remordimiento; ¡rotas tus alas de angel las arrastras por el suelo!

III

Beso tus pies pequeñitos y al besarlos me parece que beso un ramo de rosas que están cubiertas de nieve.

IV

No pongas la cara sería que lo pasado... pasó y si hubo culpa, serrana, fué la culpa de los dos.

V

No gastes ese peinado ni los rizos por adorno, que tu carita de virgen merece marco de oro

VI

No me dejes sin tus besos, que si tus besos me faltan, siento que mueren de frío mi corazón y mi alma.

VII

Pensar en hacerte buena es vivir de una ilusión, y es querer aprisionar ese rayito de sol.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

DE COCINA

REMOLACHA FRITA

Fríase con manteca una cebolla, un ajo finamente picado. Agréguese la remolacha cocida de antemano y cortada a rebanadas; fríase durante unos momentos y espolvoreese con algo de harina, agregando una cucharada de vinagre, sal, pimienta, algo de perejil, dejando hervir tan sólo durante diez minutos antes de servirla.

SALSA MONJIL

En una cacerola se pone un vaso de caldo y otro de vinagre o vino, tomillo, laurel y una cabeza de ajos, perejil y pimienta; se cuece todo hasta reducirlo a las dos terceras partes; cuando haya de servirse se añade zumo de limón y un poco de aceite.

PIERNA DE CARNERO CON PATATAS

Se quita el hueso de hacia la rabadilla y se redobla la carne; se corta muy corto el hueso de la pierna, y se pone a freír en manteca; se moja con un poco de caldo, se sazona, añadiendo un manojo de hierbas, poniéndolo a cocer a fuego lento; se sirve con patatas; también puede servirse con judías u otras legumbres que se crean a propósito.

LECCIONES DE COSAS

Un engrudo muy bueno y que no decolora el papel, se hace echando una cucharada de almidón pulverizado y otra de harina en agua hirviendo.

Al cabo de un minuto, añádase más agua hirviendo sin dejar de mover la mezcla, hasta que adquiera la consistencia requerida.

Para preparar las aceitunas, se golpean con una piedra, dejándolas un poco abiertas, o bien se les quita el hueso, si se quieren suavizar más pronto.

Después no hay sino dejarlas en agua salobre si es posible, que se mudará todos los días, y en la que es soluble la parte amarga y astringente.

Cuando están dulces se ponen en salmuera con ajos, pimienta, ruedas de limón o naranja agria, vinagre y orégano.

También resultan riquísimas con este otro aliño: sal, tomillo, hinojo, menta y cáscara de naranja.

Para reavivar los manuscritos casi borrados, basta mojar el papel con una tintura alcohólica de tanino o nuez de agallas, que al secarse dejará ver claramente los caracteres.

Igualmente reaparecerán éstos si se emplea una solución de caparrosa verde en agua.

PENSAMIENTOS

¿Por qué al ofendernos, llamamos más presto a la venganza que al desprecio?

—¡Qué dulce es forjarse ilusiones, teniendo el suficiente valor para esperar si un día... llegan a realizarse!

—Al que lleva en su alma la rebeldía, le es imposible la resignación.

—¿Qué es el oro? En sí no es nada, y lo es todo.

—Sueña, que ya la trónica realidad te despertará.

—¡Cuántas veces ahuyentamos de nuestro lapo lo que con más interés deseamos!

ENRIQUETA RIERA

ECONOMIA DEL HOGAR

APROVECHE sus prendas usadas; la ropa nunca es vieja por estropearse el tejido, sino porque su color es feo, desteñido o pasado de moda.

Tíntelos cómodamente en su casa, vestirá bien, ahorrará dinero y encontrará verdadero placer usando los tintes domésticos de la acreditada marca

“HOME DYE”

De venta en la Librería de Manuel Sintes Rotger, Plaza del Príncipe 17, Mahón.

Imp. de Manuel Sintes Rotger. — Plaza del Príncipe 17

terror espantoso... ¡Si ella se fuera, si la perdiera para siempre!

Las notas trágicas y graves de la «Patética» del gran Beethoven, rasgaban la mudez de las almas, y ella, impotente para calmarse, rebelándose en balde contra su invencible debilidad, seguía sacudida por los sollozos.

Completamente fuera de sí, Gonzalo Estrada se sintió incapaz de dominarse. El momento era de los que sólo se presentan rara vez en la vida y, además, entonces era inconsciente. Sin decir una sola palabra, inclinóse sobre María Victoria Mur y comenzó a murmurar en voz baja unas palabras de infinita consolación. Ya iba a ser confirmado el gran secreto con una frase clara, definitiva y explícita, cuando lejana llamó una voz desde la casa

—¡Gonzalo!... ¡María Victoria!

Despertaron... Ella se levantó apresurada y corrió hacia la galería por bajo la alameda de las moreras; él la vió con una angustia infinita alejarse ruborosa paladeando aún la dulzura del momento feliz en que entrevió la dicha, y repleniéndose sin cesar, como una sentencia, la frase que ella dijo sencillamente y que a él debía afirmar-

le en la ruta de renunciación y de sacrificio: ¡Si no consiguiere su sueño, tal vez se casaría con otro!

¿Cuál era su deber? ¿Dónde estaba el camino? ¿Cogería la dicha, fruta del cercado ajeno, pero fruta sin dueño que iba a perderse en las ramas del árbol, o renunciaría valeroso a su destino de felicidad, empleando, para conducirla a ella hacia lo que a la gloria de la casta convenía, todos, absolutamente todos los medios?

Lo primero parecióle poco noble, a pesar de las frases póstumas del duque, que sólo deseaba para su hija la felicidad, y que, acaso de haber vivido, hubiese prestado gustoso su paternal asentimiento; lo segundo era cruel... Cruel para ella que le adoraba y terrible para él que no concebía la vida sin ella.

Con todo, su conciencia, destimbrada cada vez más por un falso espolijismo, parecía inclinarse hacia esta segunda solución.

Nervioso, disgustado, lleno de amargura, fumaba, intentando, en vano, arrancar a su cerebro ofuscado una fórmula conciliadora.

Cuando entró en el comedor, dándole